RESTOS · CUADERNOS DE LECTURA

FIGURAS DE LO INFANTIL

Esplendor y miseria del *infans*

François Gantheret



Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo
Material de circulación educativa, académica y cultural

DE LA CULTURA — DE LA BARBARIE

Esplendor y miseria del *infans*

François Gantheret

Les multiples visages de l'Un · PUF · 2013 · pp. 71–78

«El lenguaje es una legislación, la lengua es su código», tales eran las definiciones que sostenía Roland Barthes en su lección inaugural en el Collège de France[1], para añadir de inmediato:

«No vemos el poder que habita en la lengua porque olvidamos que toda lengua es una clasificación, y que toda clasificación es opresiva: ordo significa a la vez distribución y conminación.»

Para rematar, en una fórmula provocadora, aseveraba:

«[…] la lengua, como realización de todo lenguaje, no es ni reaccionaria ni progresista; es, sencillamente: fascista; pues el fascismo no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir[2].»

Este «obligar a decir», propongo entenderlo en su sentido más radical. No únicamente como la obligación de decir esto o aquello, como un canalizar, restringir y encerrar el pensamiento dentro de unos límites impuestos: no simplemente como la reducción forzosa del campo lingüístico en comparación con su extensión idealmente libre. Propongo comprenderlo como la instauración catastrófica del lenguaje mismo. «Obligar a decir»: condenar a la miseria lingüística.

¿Por qué «miseria»? ¿Con respecto a qué riqueza? ¿Quién podría vanagloriarse de ella, a quién miraríamos con envidia y nostalgia? A ese le hemos dado un nombre: el *infans*, aquel «que no habla», para los latinos.

El *infans* no es el niño (l'enfant): es lo sin-lenguaje en nosotros[3]. No es una primera etapa del desarrollo, permanece vivo. Vivo, y mudo. No pertenece al ámbito de lo infantil-pueril (l'enfantin), fechado, sino de lo infantil metapsicológico (l'infantile), atemporal. Es de todos los instantes, y pervertido en todos los instantes: un originario incesantemente activo.

¿«Existe» el *infans* de otro modo que como el estado de plenitud que nos es preciso inferir para dar un fundamento a aquello que experimentamos como una permanente e incomprensible insatisfacción? El «infinito inútil» que evoca Valéry, lo he comparado con el punto de fuga en la representación pictórica. Este punto de fuga es, como se sabe, el ordenador necesario para que cobren su lugar las figuras —personajes, objetos, elementos del decorado… — que ocupan el espacio del cuadro. Es notable que, la mayoría de las veces, el punto de fuga se pierda en una bruma luminosa; y cuando no es el caso, cuando la mirada del espectador se ve detenida porque el cuadro muestra un espacio cerrado, no por ello deja de ser el punto donde se extinguen, al encontrarse, las líneas según las cuales se ordenan las figuras, el punto donde «tropieza» la mirada, que querría poder ir más allá y no lo consigue. Ya se pierda o tropiece, debe renunciar a ver.

El tropiezo y el sueño se conjugan admirablemente en Las Meninas de Velázquez, donde el punto de fuga se confunde con el espacio deslumbrante de luz sobre el que se abre una puerta en el fondo; sobre el umbral se mantiene un personaje cuya actitud es indescifrable: proyección del ojo del pintor y, por tanto, del nuestro, reflejo de nosotros mismos, ¿es un visitante, o está a punto de ausentarse? Al igual que nosotros, se halla en la orilla de un mundo donde solo penetra su mirada[4].

Se ha visto[5]: el punto de fuga está destinado a ser el polo ordenador del universo tal como este nos sería presentado por un Creador; es la proyección del ojo del pintor como del espectador sobre el plano del cuadro. El creador somos nosotros, en ausencia. ¿Cómo, en efecto, ser al mismo tiempo el Creador y la criatura? Ahí se sitúa un hiato, y el sufrimiento que nos causa no cesa de discurrir en la existencia.

El *infans* es la consolación de nuestra ausencia del mundo tal como lo percibimos, pues percibir es extraerse de la sensación y, para pensarla, hacer uso de los signos que ausentan las cosas. En el mismo movimiento se instauran el lenguaje y la idea de un Edén saqueado por el imperio de los signos. También aquí, esta «instauración» no debe entenderse en sentido cronológico, sino lógico y de principio. Esta «desgarradura» (déchirure), por retomar el término de Claude Lefort[6], es de todos los instantes, inaugura y produce todo pensamiento articulado en la lengua.

Hablar es parcelar lo real según el código de la lengua. Es trazar fronteras, levantar barreras entre entidades para aprehenderlas como tales y dominar su percepción. ¿Qué es lo que perdemos en este recorte, en esta parcelación, en esta fragmentación? La plenitud sensorial, sensual del *infans*. Su consubstancialidad con el mundo en el que está inmerso, del que participa. La desgarradura —nuestra des-naturalización— ha separado sin remedio un Yo (Je)[7], inalcanzable, de un Yo (Moi) que llora por aquello de lo que carece.

Como en toda cuestión sobre los orígenes, rechazamos aquí incesantemente la elucidación de un tiempo primordial —a saber, aquello que causó nuestra desnaturalización y nos procuró en el mismo movimiento el pensamiento y el exilio. Del mismo modo que los físicos no pueden sino aproximarse de forma asintótica al estado inicial del universo, así también nosotros, los seres hablantes, habremos de contentarnos con mantenernos en los remolinos aún perceptibles, dentro del lenguaje mismo, de aquello que lo hizo nacer.

Sería, por lo demás, más exacto hablar de la instauración de los signos, de los cuales el lenguaje no es sino

[1] R. Barthes, *Leçon*, París, Seuil, 1978. (Nota del autor.)

[2] R. Barthes, *op. cit.*, p. 14. (Nota del autor.)

[3] Son numerosos los autores que recurren a esta noción. Entre los contemporáneos, cabe destacar muy especialmente a J.-B. Pontalis, y entre sus múltiples referencias, el capítulo «Écouter l'*infans*» en *Avant*, París, Gallimard, 2012; J.-C. Rolland, *Avant d'être celui qui parle*…, París, Gallimard, col. «Tracés», 2006; Edmundo Gómez Mango, *Un muet dans la langue*, París, Gallimard, col. «Tracés», 2009. Y muchos otros… (Nota del autor.)

[4] Sobre el análisis de *Las Meninas*, y entre muchos otros, se recordará sobre todo el capítulo que le dedica Michel Foucault en *Les Mots et les Choses*, París, Gallimard, 1966, pp. 19-31 [ed. esp.: *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1968]. Yo he discutido este análisis en F. Gantheret, «Étude d'un modèle perspectif en psychanalyse», *Psychanalyse à l'Université*, vol. X, n.º 40, 1985, pp. 495-521. (Nota del autor.)

[5] Cf. supra, p. 25. (Nota del autor; remisión a la paginación del volumen de origen.)

[6] Cf. supra, p. 31. (Nota del autor; remisión a la paginación del volumen de origen.)

[7] Se conservan entre paréntesis *Je* y *Moi*, dos formas francesas que el español traduce como «yo», para mantener visible la distinción del texto. (Nota de traducción.)

la modalidad más acabada. Si está justificado aquí restringirnos a los signos verbales es porque, como se verá, en ellos, los más complejos, puede realizarse la esperanza paradójica de escapar a su propio dominio[8].

El *infans*, pues: si intentamos pensarlo, solo podemos concebirlo como sensación pura, en la cual está inmerso y con la cual se confunde. Pero ¿podemos pensar la sensación sin comprometerla en una reflexividad, sin hablarla, aunque sea en nosotros mismos? Y, desde ese mismo instante, ¿podemos salir de dicha sensación para ejercer sobre ella la misma perversión, cometer el mismo abuso, operar la misma mortificación que aquellos que denunciamos? Nuestro pensamiento consciente, condenado al lenguaje, está por ese mismo hecho condenado al exilio. El país del cual fuimos desterrados nunca supimos que le pertenecíamos, pero nos persigue incesantemente. Una nostalgia nos embarga sin tregua, inherente a nuestro ser-hablante (être-parlant): una «nostalgia del presente». La sensación, desde el momento en que emergemos de ella para pensarla, la entristecemos.

Hablar es esperar aprehender, y transmitir tanto a uno mismo como a los demás, la «cosa» (la chose) en su plenitud, en su completud; y no conseguirlo jamás. De no ser así, ¿continuaríamos hablando? El fin del lenguaje es su propia extinción, y ese fin nunca lo alcanza. El «todo está dicho» es una incantación, no una constatación. El lenguaje lleva en sí mismo la traición de su promesa.

Hablar es hacer la prueba de la insatisfacción en el momento y en el movimiento mismo por el cual intentamos remediarla. Cuando, dirigiéndome al «otro» —el otro distinto de mí, el otro de mí—, a aquel que, al ocupar un punto de vista forzosamente diferente del mío y gozar de un ángulo de visión desfasado respecto al mío, debería poder aportarme aquello que me falta, digo lo que creo ver y que él no vería, lo que espero de él es una reciprocidad. Le doy lo que no tiene para que me devuelva el equivalente. Entre los dos, deberíamos poder no formar sino uno solo, el Uno-Perfecto (l'Un-Parfait). Es esta esperanza fatigable la que anima nuestra búsqueda del otro-ideal, que ya no sería otro, puesto que sería por fin nosotros realizados, y con el cual nuestro exilio tocaría a su fin; esa esperanza que porta el «porque era él, porque era yo» de Montaigne[9], el anudamiento fusional mediante el cual comprende —¿cree comprender?— la respuesta a su pregunta: «¿Por qué le amaba?».

Nada más se le pide al «objeto» de la pulsión que apaciguar definitivamente el dolor de no ser el Todo. Y es en este punto donde comprendemos cómo sexualidad y lenguaje están vinculados, no siendo en el fondo sino un único y mismo intento de respuesta a un mismo dolor, y abocados al mismo fracaso. La insatisfacción que nos hace hablar, y que se perpetúa en la palabra, es esa misma que Freud constata en el ámbito de la sexualidad:

«Creo, por desconcertante que parezca, que se debería tener en cuenta la posibilidad de que algo en la naturaleza misma de la pulsión sexual no sea favorable a que se produzca la plena satisfacción[10].»

El punto de partida de Freud para alcanzar esta generalización era la impotencia masculina concebida como la consecuencia de un conflicto entre la «corriente tierna» y la «corriente sensual» de la sexualidad: los mismos términos que utilizará Ferenczi veinte años más tarde[11].

Volvamos al lenguaje. Si la insatisfacción que lleva en sí consiste en exiliarnos del paraíso del *infans* —un estado sin lenguaje porque no tendría de él necesidad alguna, por tratarse de una pura comunión sensual con aquello que lo rodea y de lo cual no se distinguiría—, solo en fantasías que conocen sus propios límites podemos intentar imaginarlo. Un niño muy pequeño que juega con su cuerpo tanto como con los objetos que lo rodean, sin parecer distinguir el uno de los otros. Mejor aún, el feto in utero en plena fusión dichosa con el soporte materno… Sabemos bien que estas imágenes son construcciones deseantes que querrían poder llamarse certezas, etapas necesarias para alimentar la esperanza insensata de reencontrarlas.

La incapacidad para aprehender la sensación —que es, sin embargo, lo más común, lo más bruto y lo más inmediato de nuestra experiencia—, para representársela, podemos enunciarla igualmente en términos de tiempo: la sensación es de cada instante porque ella es el instante, y por esa misma razón solo podemos experimentarla, no sabríamos inmovilizarla en una representación. Podemos recordar haber sentido: dolor, bienestar, claridad, dulzura, rugosidad, etc. Pero la sensación misma está ausente de nuestra memoria, y evocarla no es volver a encontrarla presente (lo cual es muy afortunado cuando se trata de sufrimiento, y muy lamentable cuando se trata de placer).

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo.

Fuente y alcance
François Gantheret, *Les multiples visages de l'Un*, París, Presses Universitaires de France, 2013, pp. 71–78. ISBN: 9782130620761. Datos consignados en el archivo recibido.
Edición del texto español suministrado; se conserva su cuerpo completo y se reduce el aparato de traducción. No se ha cotejado con el original francés.

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de autores, editoriales y demás titulares. Esta versión se presenta como edición de lectura, no como traducción oficial o autorizada.

CITA BIBLIOGRÁFICA SUGERIDA Gantheret, François. «Esplendor y miseria del *infans*». *Restos · Cuadernos de lectura*, serie Figuras de lo infantil. Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo. Edición de lectura, 2026. Fuente: PUF, 2013, pp. 71–78.

[8] El proceso de la significación es, en efecto, dentro del lenguaje, más complejo que el que prevalece en los sistemas signantes más rudimentarios (indicios, iconos, señales, etc.): pasa por cortes fonemáticos del flujo sonoro y por cortes correlativos de lo real para crear los signos verbales. Esta complejidad es también la oportunidad de una evasión gracias a los grados de libertad y movimiento que debe conceder. (Nota del autor.)

[9] Alusión a *Ensayos*, I, 28, «De la amistad», donde Montaigne evoca su vínculo con Étienne de La Boétie. (Nota de traducción.)

[10] S. Freud, «Sobre la degradación general de la vida amorosa» (1912), en *Obras completas*, vol. XI. (Nota del autor; se omite la atribución editorial «PUF / Amorrortu» del archivo recibido, que reúne dos ediciones diferentes.)

[11] Alusión a «Confusión de lengua entre los adultos y el niño», de Sándor Ferenczi, mencionado en la versión recibida. (Nota de traducción.)